

El etnólogo

JUAN CARLOS ORREGO ARISMENDI

Por los días en que había acabado de leer *La Montaña del Alma* de Gao Xingjian, presa de la obsesión de caminar entre árboles y quién sabe si —como el etnólogo protagonista— charlar con los campesinos acerca de sus tradiciones lingüísticas, accedí a ver un lote que ofrecían en venta en una vereda de San Vicente y en el que, andando el tiempo, quizá podía levantar un refugio de montaña. Pero, entusiasmado como estaba por la novela —del todo consumido por aquella leyenda de los pitecántropos que habrían sobrevivido en los bosques chinos del siglo xx—, mostré demasiado entusiasmo por un pequeño retazo de tierra cercado por helechos de monte; tanto me excitó que ni siquiera intenté regatear el precio exorbitante ante el joven vendedor, cuya perfecta cortesía, reforzada por una relumbrante dentadura equina que hablaba a las claras de su legítimo abolengo rural, había bastado para que yo casi cerrara el negocio. Apenas puse la condición de tomarme una semana para repasar cuentas que ya creía resueltas y regresar para echar una última ojeada al erial. Poco después, cuando advertí que mi propia impertinencia me había puesto a un paso del abismo, supe que en el cabo suelto de la visita pendiente estaba mi única oportunidad de salvación.

Tuve la ocurrencia de hacerme acompañar por un experto en suelos, quien de modo categórico debía decir que el terreno estaba al borde del colapso o —al menos— que en él era imposible levantar incluso la casucha más liviana. Por supuesto, yo no conocía a ningún experto en suelos, y aunque alguna vez había tenido trato con un geólogo poeta, no recordaba bajo qué nube espesa, ni cuándo, ese sabio había desaparecido de mi vida. Por suerte, tenía un amigo que había estudiado etnología en la Universidad Nacional, en Bogotá. Incluso, él era la única persona conocida que había



El caminante sobre el mar de nubes (1818)
Caspar David Friedrich

comprado mi último libro de cuentos sin que yo se lo sugiriera, lo cual probaba con creces su buena fe, a la que había que sumar su formación en una ciencia exótica que le permitía enunciar conceptos inobjetables con palabras cifradas. Lo convidé a almorzar un lunes y le propuse el plan completo casi en una sola frase, justo cuando él, entusiasmado ante el consomé de pescado que acababan de servirle, estaba más indefenso:

—Oíste Esneider, ¿será que me acompañás este sábado a ver unas tierras? Necesito que te hagás pasar por geólogo y digás que el suelo es pésimo, para ver si me bajan el precio o me puedo quitar del negocio.

—¿Y eso? —preguntó, con la cuchara a medio camino de la boca.

—Enseguida te cuento. Decime si podés.

Bajó levemente la cabeza, pero lo hizo con tanta humildad que, de inmediato, supe que la objeción que se venía sería apenas la pantomima que debía hacer ante sí mismo para no verse como un hombre sin voluntad.

—Pero usted sabe que yo de geología no sé ni pito.

—No importa. Basta que digás cualquier cosa enredada... Basta que metás las palabras *geodesia* y *cárcavas* en la conversación y concluyás que el suelo no te gusta. Lo decís duro, y ya.

No respondió nada, lo que en él significaba la más rotunda aceptación. Pude entonces, a mis anchas y entre los apacibles vapores del almuerzo, contarle la historia completa del negocio en ciernes, sin ocultar su origen en las páginas de Xingjian. Pagué la paciencia de Esneider permitiéndole aderezar la historia con un colofón etnológico sobre la antigüedad de la cultura en las montañas de San Vicente; una apretada reseña histórica con referencias a fragmentos cerámicos asociados a la explotación de sal y a incursiones de los conquistadores en comarcas de los indios tahamíes. Al final, no sé si a modo de cumplido o, al contrario, con el ánimo de vengarse por una atención que sabía impostada, dijo mi amigo:

—Yo también estuve leyendo *La Montaña del Alma*. Claro que no la terminé. Apenas llegué hasta la parte en que se incendia un templo budista.

En la mañana del sábado salimos rumbo a San Vicente en el carro de mi mujer, con don William, mi ríspido suegro, al volante. No me costó trabajo convencerlo de que fuera nuestro chofer, a pesar de la temprana hora en que tendría que levantarse en un día de descanso, a pesar de su genio avinagrado de cojo impenitente y —por supuesto— a pesar de la particular malquerencia que me había cobrado desde que le arrebaté a su hija con base en mis trucos literarios. De hecho, fue precisamente esa ojeriza lo que me favoreció: de buenas a primeras, yo estaba sirviéndole en bandeja de plata la oportunidad de recoger nuevos datos sobre lo que para él eran mi escaso seso y mi carácter pusilánime. Creo que, por la misma razón, él y Esneider simpatizaron a las primeras de cambio —cuando ni siquiera abandonábamos la autopista Norte para tomar la autopista Medellín-Bogotá—: si todo lo que don William quería era denunciar mis debilidades, le era forzoso captar la benevolencia del auditorio al que habría de dirigir la revelación. Mi suegro no tenía idea sobre qué hacía un etnólogo, pero sospecho que le bastó la punzada fonética que mediaba entre

No respondió nada, lo que en él significaba la más rotunda aceptación. Pude entonces, a mis anchas y entre los apacibles vapores del almuerzo, contarle la historia completa del negocio en ciernes, sin ocultar su origen en las páginas de Xingjian.

las dos primeras sílabas de la palabra para establecer que aquella ciencia estaba muy por encima de mi blando oficio de escritor.

—Vos *sí* tenés cara de haber estudiado mucho —dijo con toda intención a Esneider, mientras me miraba por el rabillo del ojo. Mi amigo y yo íbamos en el asiento trasero, él a la espalda de don William.

No obstante, después de que pasamos por el túnel de Guarne nos ganó el silencio. La verdura fresca del paisaje, a medias tapado por la gasa de la neblina mañanera, no invitaba a otra cosa que a la contemplación. Solo cuando dejamos la autopista para tomar la ruta sinuosa que debía ponernos en San Vicente creí necesario romper el hielo y asumir el control de la aventura. Sin pensar mucho en lo que decía, hice al etnólogo una propuesta inimaginable de lo puro peregrina:

—¿Sabés qué? Apenas lleguemos le voy a decir al muchacho que te llamás Schneider, no Esneider. Como si fueras alemán, no bogotano.

Sobra decir que pronuncié el nombre alemán del modo que, creí, se acomodaba a su valor absoluto lingüístico: *Sjnaida*. Apenas dije eso advertí una sonrisa maliciosa de don William. No volvimos a hablar hasta que llegamos al lugar de la cita.

Néstor —el vendedor de los dientes equinos— nos esperaba junto al portón desde el cual arrancaba el camino de herradura que conducía al lote. El auto todavía no se había detenido cuando empujé a Esneider por la portezuela y me precipité tras él, con la idea de no dar a mi suegro tiempo de reaccionar; rápidamente, con disimulo, pasé junto a su ventanilla y saqué el bastón que él solía poner a un lado, contra el vidrio, mientras conducía.

—Ya volvemos —le dije sin mirarlo, consciente del enfado que iba a producirle no solo el rapto del bastón sino, sobre todo, verse excluido de la aventura.

Néstor nos saludó con ceremoniosa alegría, seguro como estaba de que cerraríamos el negocio en cuestión de minutos, a lo sumo media hora. Avanzamos unos cincuenta metros por una brecha amplia en rampa leve, hasta que saltamos a un caminito zigzagueante que subía por una falda cubierta por un pasto mediano y amarilloso, salpicado por mazos de espartillo y atravesado en todas las direcciones por centenares de grillos enanos. Un fino olor a yerba trinchada impregnaba el ambiente. Me exalté al punto de volver sobre el recuerdo de *La Montaña del Alma*, hasta un pasaje en que el etnólogo bordea una inmensa llanura en declive antes de alcanzar una aldea de la etnia miao, anunciada desde la lejanía por un macizo de ginkgos amarillos (aunque

mucho tiempo después comprobé que, al llegar a esa imagen, realmente me había extraviado en un cuento de Kawabata). Cuando, en ejecución de los movimientos que son de rigor en semejante trance de paisajismo romántico, di la vuelta para contemplar toda la escena, descubrí a Esneider acezando a mis espaldas. Inmediatamente tomé consciencia del bastón y para qué lo había arrancado del carro.

—Esto es para vos —le expliqué mientras se lo entregaba—. Los geólogos son eruditos y llevan bastones. Tratá de darle vueltas cuando estés hablando.

Mi amigo, atónito, apenas acertó a recibirme el utensilio. Detuvo su marcha mientras me interrogaba con un gesto de labios fruncidos y brazos abiertos, pero yo lo ignoré y apuré el paso para alcanzar al ágil equino, que a la sazón alcanzaba la cumbre.

Allí estaba, un vez más, el erial que días atrás había querido comprar. Los helechos lo bordeaban a lo largo de la cerca que se levantaba al fondo y marcaban el desfiladero que se volcaba del lado opuesto de aquel por el cual habíamos aparecido. El pedazo de tierra se me antojó estrecho y tuve la convicción, tan absurda como inobjetable, de que iba a derrumbarse algún día. Para colmo, un denso entramado de cables pasaba por arriba y comunicaba dos torres de energía en las que antes no había reparado, y tanto llegué a sugestionarme con eso que, en algún momento, cuando los grillos sucumbieron por un par de segundos bajo una oleada imprevista de calor matinal, me pareció percibir un zumbido eléctrico sobre nuestras cabezas. En ese momento supe que no iba a meterme en el negocio por nada del mundo, incluso si se concediera una rebaja radical en el precio de venta, por lo que intenté seguir el camino que creí más corto para llegar a la recusación:

—¿Qué es lo que se oye, Néstor?

—Los grillos, mi don, los grillos.

—No, es otra cosa. Son esos cables.

—Esas torres llevan meses en desuso. Le juro que son los grillos.

—¿Los grillos? Los grillos no hacen así.

El vendedor apenas esbozó una sonrisa de conmiseración.

Me alejé y di una vuelta por el terreno, pero solo con la idea de poner a Esneider sobre la pista de las palabras científicas y oscuras —incontestables— que él debía decir. Mi amigo se había quedado detenido en la boca del sendero por el que habíamos subido, con el bastón apoyado sobre su clavícula derecha, por completo arrobado ante la magnífica vista que se abría más allá de la cerca del fondo. Algo así como tres mesetas herbosas se sucedían una tras otra, hasta tocar una espesa ceja boscosa que hacía las veces de fortín de una cadena de colinas verdeazules. Confieso que sentí pena cuando abrí la boca para desviar su atención hacia el número que debía representar para mí.

—Te tocó hablar —le dije en voz baja mientras lo tomaba por un brazo para remolcarlo hacia donde nos esperaba Néstor, al mismo tiempo que, con delicados ademanes, le sugería apoyar el bastón en tierra—. Yo no voy a comprar esta planta nuclear. Decile a ese man que estuviste mirando una grieta y que viste que hay cárcavas morrénicas o cualquier cosa que se te ocurra.

Esneider me miraba con angustia mientras se dejaba llevar, y era más o menos claro que no entendía nada —o solo muy poco— de lo que le correspondía hacer. Cuando estuvimos ante Néstor tomé la palabra para facilitarle las cosas al erudito:

—Oíste Néstor, aquí el profesor Schneider, que es geólogo, me dice que vio una columna trifásica de trilobites amarillos a un lado del caminito por el que subimos.

—Qué bueno, mi don —atinó a decir el equino.

—¿Bueno? No, Néstor, todo lo contrario: eso es malo. Eso significa que el suelo no es fértil y que se va a deslavar de un momento a otro por los ginkgos amarillos. ¿Cierto, profesor Schneider?

Mi amigo no hizo el menor gesto, más allá de bajar la cabeza y limitarse a mirar la punta del bastón. El vendedor me observó con desconcierto al principio, pero luego se le avinagró el semblante con una mueca rabiosa. Tras escudriñar en mis ojos con detenimiento, enfocó la cara de mi amigo, y luego se cruzó de brazos. Interpreté el último gesto como el inicio formal de su resignación, y, bañado por el alivio de saber que cualquier posibilidad de negocio había quedado reducida a cenizas, me explayé en las palabras más generosas que encontré a mano:

—Y sí quiero comprar tierrita, Néstor, pero tengo que estar muy seguro. El lote está muy bien ubicado y la vista que tiene es muy bonita, y uno diría que vale todo lo que usted está pidiendo por él. Pero no sabíamos lo de los ginkgos... lo de los trilobites amarillos. Estoy seguro de que usted ni los había visto, porque si fuera así me los habría mostrado desde la vez pasada. Menos mal que vino el profesor a medir el terreno, porque yo lo había traído solo para eso. Pero yo así no puedo comprar, Néstor. Supongo que usted entiende.

Néstor miraba ahora hacia el suelo, con los brazos todavía cruzados, mientras Esneider contemplaba otra vez las colinas verdeazules. Entonces, como el protagonista de “El gato negro” de Edgar Allan Poe, hablé más de la cuenta a causa de la emoción que me producía lo que ya tenía por un triunfo seguro:

—Si usted tuviera un lote como este, en otra parte y sin ese problema, era casi seguro que se lo compraba.

Néstor no dudó un segundo en responder:

—Lo tengo. ¿Podemos ir en su carro?

Aborrecí sus dientes de caballo, limpios y brillantes bajo el sol tibio de la mañana campestre.

Encontramos a don William fuera del auto. Nuevamente dueño de la situación, fumaba un cigarrillo mientras pasaba un dulceabrigo húmedo por el capó. Nos miró a los tres de arriba abajo, sin inquietud, como si le satisficiera comprobar un estado de cosas del que ya había tenido suficiente oportunidad de hacerse, previamente, una idea completa. Lo único que hizo fue indicarle a Esneider que ocupara el puesto del copiloto.

El viaje hacia el otro lote fue largo. Fuimos por un camino ancho de tierra apisonada hasta una vía pavimentada —aunque tachonada de agujeros—, la cual abandonamos cerca del casco urbano de San Vicente para seguir, durante

—Te tocó hablar —le dije en voz baja mientras lo tomaba por un brazo para remolcarlo hacia donde nos esperaba Néstor, al mismo tiempo que, con delicados ademanes, le sugería apoyar el bastón en tierra—. Yo no voy a comprar esta planta nuclear. Decíle a ese man que estuviste mirando una grieta y que viste que hay cárcavas morrénicas o cualquier cosa que se te ocurra.

una media hora, otro camino de tierra interrumpido de vez en cuando por rieles de cemento. La exuberancia y la vitalidad del campo se desplegaron sin avaricia ante nosotros. A lado y lado de la carretera se extendían sembrados de maíz, papa y fresa, alineados con irreprochable simetría y delicadamente tocados por las gotas de humedad matinal de una naturaleza que, por lo visto, admitía en su seno la práctica de los ritos agrícolas; de otro modo no serían concebibles los verdes intensos y la lozanía de las hojas que saludaban nuestro paso. En los barrancos y cañadas, la vegetación nativa hacía lo suyo: el follaje plumoso de las guaduas arropaba arbustos, plantas menudas y pájaros pardos, e incluso, en los pasajes en que una curva cerrada sorteaba el paso de una vertiente estrecha y boscosa, saludaba con su aliento fresco de agua pulverizada. En uno de esos pasos, ante la imagen de una cañada que corría oculta entre guaduas y sietecueros, recité con voz inaudible un par de líneas de *La Montaña del Alma* que había memorizado exprofeso para una ocasión semejante: “No soy un lobo, tan solo quiero convertirme en uno para refugiarme en la naturaleza”. Nadie se percató de mi rapto de entusiasmo: Esneider, lo mismo que yo, gozaba con las viñetas bucólicas que se sucedían por su ventanilla, mientras que Néstor se aburría en un gesto de absoluta desesperanza: como si la idea de examinar un segundo terreno no hubiera obedecido a otra cosa que a un inútil reflejo de su vanidad. Quizá, sí, mi demoníaco suegro había advertido mi murmuración, pero lo cierto era que sus ideas sobre mi persona y mis hábitos me tenían sin cuidado: de sobra sabía que, por más absurdo que fuera mi comportamiento, la imagen que don William había construido de mí no podía ser cualitativamente más mala de lo que ya era. Los griegos se equivocaron de cabo a rabo cuando dijeron que no hay una situación tan mala que no sea susceptible de empeorar.

El terreno en venta era poco menos que una versión reducida del Paraíso Terrenal, o al menos así me lo pareció a mí. Se trataba de un rectángulo de poco menos de tres hectáreas en profundo declive, asomado a un abismo; hacia el centro se levantaba una piedra enorme y oscura como un signo de otros tiempos —una especie de *pedra del alma*, se me antojó pensar—, y por los costados se adensaban setos de bambú, guadua y otros árboles de fronda mullida. En diversas partes del terreno, entre las pequeñas vertientes que se formaban hacia la mitad de la falda, crecían malezas con minúsculas flores amarillas y rojas, y

por todo lado afloraban pedruscos blancos que brillaban con el sol de las once de la mañana. Al otro lado la vista estaba cerrada por un barranco selvático y oscuro. Pensé que el terreno, por su modestia abrupta y su húmeda reconditez, era el lugar perfecto para levantar una casucha de cazador o de eremita para esconderme de vez en cuando, solo o con mi mujer, y que no necesitaba más para sentirme un lobo entre la naturaleza. Allí fundaría una nueva etnia. Me convencí de comprar ese pedazo de tierra cuando Néstor, fatigado, sin duda preocupado por el destino del otro lote y poco esperanzado ante la vertiginosa inclinación del que veíamos, dijo como sin pensar:

—Este se lo puedo dejar barato.

Muy seguro de dar el sí, en un acto reflejo propio de quien toma aire para enunciar una conclusión, eché un vistazo general al lugar. Esneider y don William se habían quedado arriba, sobre la cornisa de la carretera; mi suegro apoyado en su bastón —no supe cuándo lo recuperé—, y mi amigo a su lado, señalándole no sé qué cosa muy abajo, a la izquierda de donde estábamos Néstor y yo, presumiblemente cerca del borde del abismo. Cuando miré hacia allá me pareció ver un aplanamiento de la tierra, no sé si una terraza o una pequeña ciénaga. Pregunté, más por curiosidad que porque necesitara resolver alguna cuestión técnica, qué era aquello (y pensé, consciente de la ironía, que ningún impedimento geológico me haría recular de mis propósitos).

—No sé, mi don, esa mesetica siempre ha estado ahí —respondió Néstor, y sin que yo dijera nada emprendió camino hacia abajo. Lo seguí con interés.

Lo que había en el fondo del lote era un óvalo de suelo plano, revestido de un pasto corto en que crecían, ralas, plantas aromáticas de varias especies y algunos ejemplares de maleza. Desde allí se podía ver, en el fondo del abismo, el lecho pedregoso de un arroyo angosto pero impetuoso. La corriente empujaba un viento fresco que nos alcanzaba. Alcé la mirada para calcular, por los movimientos de las plantas que crecían en las vertientes, hasta dónde tocaba el golpe de viento. Entonces vi a don William en la parte más alta, perfectamente recortado sobre el cielo luminoso; su silueta negra de brazos cruzados, como de idolillo maléfico, presidía toda la escena. Al principio no supe adónde había ido Esneider, pero muy pronto lo vi en la mitad del terreno, parado exactamente sobre la gran piedra, y solo faltaba que nos estuviera dando la espalda para que fuera un calco del personaje único del famoso cuadro de Caspar David Friedrich, *Caminante sobre un mar de nubes*; porque, como ese anónimo contemplador del paisaje, mi amigo llevaba un bastón: *el* bastón de mi suegro. Se me ocurrió que lo había tomado para no resbalar mientras descendía.

—Si no le da miedo del abismo, puede construir aquí —dijo Néstor. Recorría lentamente la terraza, y de vez en cuando se agachaba para arrancar las malezas más largas.

—No me da miedo. Pero de pronto es mejor construir junto a la piedra.

Mi acompañante apenas movió los labios sobre el bulto de la dentadura, en un gesto de asentimiento que reforzó inclinando la cabeza y retomando el ritmo de marcha con dirección a la piedra. Esperé que me adelantara y lo seguí. Esneider ya había abandonado su avistadero y ahora estaba un poco

más abajo, en el otro extremo del lote; estaba agachado y restregaba la punta del bastón contra el suelo, como un niño cuando hace dar vueltas a un gusano indefenso. Muy pronto estuvimos sobre la piedra. La vista desde allí era realmente simpática: el barranco del otro lado, golpeado desde arriba por un sol muy cercano al cénit, parecía vestido por un manto de verde jaspeado. Se podían ver las piedras más altas del lecho, de modo que el rumor correntoso que alcanzaba a escucharse desde ahí parecía su exhalación. El follaje de los márgenes del terreno se movía acompasadamente entre los embates del viento. Quise consagrar la visión con algún recuerdo puntual de *La Montaña del Alma*, pero, como no fuera con el mismo título y la imagen de la carátula —una montaña acuosa bosquejada por el mismo Xingjian—, apenas di con la frase que yo mismo había improvisado para acoger la eminencia mineral en que ahora me encontraba: *La piedra del alma*.

Escudriñé el paisaje durante un rato, y cuando no encontré nada más por hacer miré hacia arriba, hacia la esquina a la que iba a dar la diagonal que veníamos trazando desde la terraza ovalada. Me pareció ver una sombra entre la cortina de helechos que caía de la cornisa de la carretera.

—¿Qué es eso, Néstor?

—Un hueco. Una cueva. No sé bien.

Sin esperar qué resolvía él, bajé de la piedra y seguí cuesta arriba. Esneider había desaparecido. Don William seguía inmóvil, hierático, sobre la esquina del otro lado. Los grillos saltaban de un lado para otro asustados por mis pasos. Arrastraba los pies y me ahogaba el resuello, minado por el calor y el cansancio. A mitad de camino tuve que detenerme para tomar aire. Me agaché aparatadamente para esconderle la cara al sol y secar el sudor que se agolpaba en mis cejas y destilaba ya, con acidez, sobre mis ojos. En algún momento me llegó la voz de aliento del vendedor:

—El sol está bien bravo. Hágale mi don que ya acabamos.

Al incorporarme, lo primero —casi debería decir lo *único*— que vi fue a Esneider, parado en la boca de la cueva. Estaba erguido de un modo curioso y jugaba con el bastón con su mano derecha, haciéndolo girar como aspas de molino; con todo y la singular corrección de su postura movía la cabeza para uno y otro lado, y cuando estuvimos a unos diez metros de él advertí que tenía los ojos cerrados. Justo en ese momento los abrió y, con la cabeza inmóvil, los fijó en nosotros. De inmediato, con no poco aparato, alzó la mano que tenía libre (la otra no cesaba en su función motriz) y la mantuvo empuñada frente a nosotros, y apenas vino a abrirla cuando estuvimos junto a él. En la palma reposaban algunos fragmentos de lo que quizá fuera una olla de barro; eran cinco o seis, de diversos tamaños y formas —alguno cruzado por una fina línea punteada—, de un color marrón intensificado por la humedad, vetado por visos rojizos. Cuando lo miramos nuevamente a la cara, Esneider reanudó los movimientos de la cabeza y orientó los ojos hacia arriba, robótico y estúpido, y con mecánica corrección nos soltó esta monserga:

—Lo que señalan las evidencias encontradas hasta el momento es que los más antiguos alfareros seleccionaron y prepararon cuidadosamente la materia

prima necesaria para la elaboración de recipientes de paredes muy delgadas (con grosores que van desde los 2 hasta los 6 mm), y superficies muy lisas de aspecto mate. Antes de que estuvieran por completo secos, fueron sumergidos en arcilla más o menos diluida, con el fin de pulir y homogeneizar aún más su superficie externa. Los recipientes tan meticulosamente elaborados fueron, además, perfectamente quemados...

Ni más ni menos que un tratado de etnología.

Cuando terminó —habló también de dos milenios de antigüedad—, sin reparar en nuestra estupefacción, detuvo los giros del bastón y lo puso de punta en tierra, y apoyado en él echó a andar hacia donde se alzaba la figura de don William. Me pareció que mi suegro no había perdido hebra de lo sucedido.

Apenas eché un vistazo superficial al interior de la cueva, poco interesado por las piedras que se veía aflorar en su suelo, a medias cubiertas por botellas plásticas y cajetillas de cigarrillos. Seguro de que la inspección había terminado, busqué la cara equina del vendedor para indicarle que nos fuéramos. Estaba demudado, ido, con el semblante encendido por una sonrisa enorme, casi beatífica.

—¿Cómo quedamos, Néstor? —dije por fin. Se demoró en reaccionar, pero cuando por fin pudo hacerlo sentí un brío nuevo en su voz:

—No, mi don, espere que yo lo llamo en estos días. Todavía tengo que mostrarle el lote a otra persona y hacer cuentas. Usted sabe que yo vivo de esto. Si *algo*, yo le aviso...

Ninguna de sus palabras me sorprendió.

Cuando llegamos al carro, don William y Esneider ya estaban adentro. Dejamos a Néstor en el pueblo. Al bajarse no dijo nada acerca de la llamada que quedaba pendiente; tan solo me dio la mano y se despidió con corrección. Inclino reverentemente la cabeza frente a la ventanilla de Esneider.

No despegué los labios durante el viaje de regreso, hundido en la soledad del asiento trasero. Adelante, don William fue contándole a Esneider sus viejas historias de repartidor de medicamentos por los pueblos de montaña de Antioquia, mientras mi amigo, particularmente concentrado y con las manos apoyadas en el pomo del bastón, mantenía la vista al frente y asentía de vez en cuando. Apenas reparé en lo que hacían, empeñado como estaba en recordar la última frase de la novela que acababa de leer. Pero no logré dar con ella. ■

Juan Carlos Orrego Arismendi (Colombia)

Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Cuentista y ensayista. Ha publicado, entre otros, *Viaje a Perú* (2010), *La isla del Gallo* (2013) y *Tumba de indio, Viajes por Ecuador y Colombia* (2016).